



ABUSOS Y PECADOS, de Editorial del NEA. De próxima aparición, investiga la actitud de la Iglesia frente a las denuncias de abusos sexuales contra Justo José Illarraz (izq.) en el Seminario de Paraná.



PEDOFILIA EN LA IGLESIA

¿Silencio o denuncia?



El desafío de Bergoglio frente a la acusación de abuso sexual contra el cura Illarraz en Paraná.



Por **DANIEL ENZ** *

Los curas abusadores son una triste realidad en la Iglesia Católica y nadie sabe qué posición adoptará el Papa Francisco al respecto. Hubo un primer gesto a las pocas horas de su designación, cuando cuestionó la presencia en la Iglesia romana de Santa María Maggiore del cardenal Bernard Law, acusado de encubrir a unos 250 curas pedófilos en

los Estados Unidos, pero aún es una deuda pendiente que preocupa.

En la Argentina, hay curas pedófilos que han sido encubiertos durante años por la conducción eclesial. Los abusos sexuales cometidos a ex alumnos del Seminario de Paraná es el caso más grave que tiene en este momento la Iglesia argentina. Nadie sabe aún a cuántas víctimas ascenderá la larga lista de jóvenes de entre 13 y 15 años que, entre 1984 y 1992, habrían sido violados por el cura Justo José Illarraz, ortundo de Paraná. Tras una investigación interna hecha por la Igle-

sta a mediados de los '90, Illarraz fue hallado culpable y, como sanción, se le prohibió volver a pisar la diócesis. Fue asignado a la ciudad de Monteros, en la provincia de Tucumán.

La causa judicial, iniciada en septiembre del año pasado, tras la publicación de la revista *Análisis*, tiene la denuncia de siete de las víctimas, pero existen al menos otros diez ex seminaristas más dispuestos a denunciar abusos. Pero primero quieren que declare y quede preso a quien señalan como su abusador, Illarraz, hoy único imputado. El juez de Instrucción de Paraná, Alejandro Grizzo, tendrá que resolver en los próximos días el pedido de prescripción que hicieron los abogados del cura. Todo indicaría que lo rechazarán, aunque las instancias de apelación seguirán su curso hasta que en la Justicia quede firme el fallo.

Claro que una definición de Bergoglio en torno a este caso podría incidir en la Justicia argentina y en la conducción de la Iglesia de Paraná, que durante décadas ocultó estos hechos.

Primero lo hizo el ex vicario castrense y arzobispo de Paraná, Adolfo Tortolo —el mismo que justificó las aberraciones del dictador Jorge Videla—, cuando escondió abusos cometidos



en el mismo Seminario en la década del '60. Después los encubrió el actual cardenal y ex arzobispo de la capital entrerriana, monseñor Estanislao Esteban Karlic. Illarraz era un protegido de Karlic y por sus designios sigue aún en su rol de sacerdote, aunque hoy está suspendido en sus funciones y permanece escondido en la casa de un familiar en San Miguel de Tucumán. Nunca más se lo vio públicamente.

La denuncia en la Justicia avanzó pese a los llamados telefónicos a varios de los abusados, de parte de curas muy cercanos a Karlic y al actual arzobispo de Paraná, monseñor Juan Puiggarí, y los intimó para que no acudieran a declarar. Algunos cedieron ante las presiones; otros fueron igual a Tribunales. Siete de las víctimas (muchas de las cuales no se conocían entre sí y eran de diferentes promociones) contaron las perversidades que les hacía Illarraz en el Seminario.

SILENCIO. La mayoría de los jóvenes abusados pudieron, revista en mano, confesar a sus familiares los padecimientos que habían sufrido en el Seminario de Paraná 25 años antes. Hubo aprietes de la jerarquía eclesiástica, que en 1992, cuando se inició una investigación sumaria diocesana poco seria, les prohibió tajantemente que contaran lo sucedido. Y ellos lo cumplieron a rajatabla. Eran casi unos niños y la Iglesia los hizo declarar bajo juramento ante Karlic, sin asistencia psicológica, ni de sus padres. Varios de ellos tienen serios trastornos psíquicos y hubo no pocos intentos de suicidio por parte de algunas de las víctimas.

El cardenal Karlic dejó de atender audiencias con dirigentes políticos o sociales a partir de la denuncia. Se mostró muy poco en actos religiosos de la ciudad y se recluyó en el Seminario de

Paraná, donde reside desde que dejó el cargo de arzobispo. Cuando algún periodista se acercó para preguntarle sobre los abusos en Paraná, siempre evitó la respuesta.

La imagen pública de Karlic cayó abruptamente, al conocerse el grado de responsabilidad que tuvo en el ocultamiento de los hechos cometidos por Illarraz. "Estoy dolido", alcanzó a decir el cardenal. Pero a su vez insistió en "el deber de perdonar" y en la necesidad "de decir la verdad, porque la verdad nos hará libres". Karlic siempre dijo que lo había perdonado a Illarraz y que creía en su arrepentimiento. La estrategia del Arzobispado siempre fue postergar la situación para que la causa prescribiera.

En Monteros, la pequeña localidad tucumana que cobijó a Illarraz, los representantes clericales estaban seguros de que las supuestas víctimas que allí hubiera no se iban a animar a confesar los abusos del cura. Algunos de los familiares del sacerdote paranaense, incluso, llegaron a ese lugar para tratar de descalificar lo denunciado. "Ya volverá pronto a esta parroquia", dijo una y otra vez uno de los hermanos del cura, a la salida de las misas dominicales.

El cardenal Karlic ni siquiera trasladó a su feligresía la firme postura que tenía su amigo Benedicto XVI respecto de los curas abusadores y el cuidado que debía existir de las víctimas. No lo hizo antes ni después de la decisión del Papa de renunciar a su cargo, rompiendo una historia de más de 600 años y nadie sabe qué hará con la llegada de Bergoglio, con quien casi no tiene punto de contacto.

EL IMPACTO. El golpe para la Iglesia fue fuerte, hacia adentro y hacia afuera. Descendió el número de fieles en cada ceremonia religiosa y hubo deserciones en las clases de Catecismo.

La gran mayoría de los sacerdotes, que siempre se caracterizaron por su conducta coherente y comprometida, tuvo que guardar silencio. Algunos de ellos optaron por renunciar al sacerdocio. El único que rompió ese vallado fue el cura Leonardo Tovar, de la parroquia de San Benito, cercana a la capital entrerriana. "A la Iglesia no le hacemos ningún favor no declarando, no diciendo la verdad o encubriendo

MONSEÑOR KARLIC. El cardenal de Paraná impuso silencio sobre las acusaciones contra Juan Justo Illarraz, quien había sido su chofer.



GESTO. A poco de ser designado, Francisco echó de la iglesia de Santa María Maggiore, al cardenal norteamericano Bernard Law, acusado de encubrir a unos 250 curas pedófilos.

situaciones que son muy penosas. Por eso vivimos todo esto con mucho dolor", dijo.

Siempre quedó clara la preocupación de la cúpula de la Iglesia sobre una posible imagen del cura Illarraz saltando esposado del edificio de Tribunales, rumbo a una cárcel común. Nadie sabe si eso se producirá. Si no es mejor que el cura nunca llegue al despacho del juez y la historia vaya muriendo lentamente. Sin importar las víctimas, ni su dolor, ni su sufrimiento, ni sus traumas, ni sus intentos de suicidio o ese fantasma que los persiguió de por vida, que los llevó a no tener relaciones estables ni formar sus familias, como seguramente lo soñaron vaya a saber cuántas veces.

Si eso finalmente sucede, la complicidad, el encubrimiento, ganará nuevamente la historia. Sus autores, sus encubridores, hasta quizás celebren esa batalla. Pero nada podrá revertir en el espejo esa imagen de una Iglesia manchada, que prefirió cuidar el ascenso de determinados sacerdotes, a costa de arrojar a sus víctimas al pozo del olvido y el silencio.

* **DIRECTOR** de la revista **Análisis**, de Paraná. Autor del libro "Abusos y pecados".